

Residence Evil

Rafael Penroz Vicencio

RESUMEN: Si nos situamos en medio de la sociedad industrial europea de mediados del siglo XIX, nos encontraremos con los predecesores del turista contemporáneo: el explorador y el flâneur. Ambos son prototipos de dos individuos liberales modernos y diferenciados. El explorador se identifica con el héroe arriesgando su vida a cambio de conocimiento y fama. El flâneur en cambio goza del anonimato pues es rico rentista. No necesita patrocinio ni trabajo siendo dueño de su cuerpo ocioso, al que encomienda la tarea placentera de recorrer los interiores, perderse en la multitud y disfrutar de las novedades que aparecen mágicamente en la urbe como la mercancía en los escaparates. El flâneur es el speculator o el espía, más que el heroico explorador de la vanguardia o avant garde militar. Es su fantasma en el mundo interior. El paseante moderno es mercancía en busca de comprador. Es conspirador profesional y bohemio. Sus destinos son tiendas, pasajes, bares, restaurantes, vitrinas, museos, galerías, salones de novedades y emociones. Siguiendo el principio foucaultiano de la intensificación, en un mundo que ya es todo interiorismo, el turista es el fantasma del flâneur. El artista moderno nomádico y vanguardista ha sido reemplazado por el artista contemporáneo sedentario, que transformado en mercancía, “performancea” la ausencia del primero en una fantasmagoría nostálgica como artista/turista. Al retardar el tour (como el flâneur —observando con detenimiento— genera el fetiche. Este fetiche es la residencia. La residencia aproxima por un instante, la ilusión aurática de la obra in situ y el artista como máquina de guerra.

Penroz Vicencio, Rafael. (2018). "Residence Evil". AV Investigación 8-2018, Revista Académica del CINAV-ESAY, pp. 35-38.

> Presentado en el coloquio de artes visuales Estéticas del turismo, 19-20 de abril de 2018.

“El mundo es todo lo que acaece. El mundo es la totalidad de los hechos, de las cosas. El mundo está determinado por los hechos y por ser todos los hechos. Porque la totalidad de los hechos determina lo que acaece y también lo que no acaece. Los hechos en el espacio lógico son el mundo. El mundo se divide en hechos. Cualquier cosa puede acaecer o no acaecer y todo el resto permanece igual. Lo que acaece, el hecho, es la existencia de los hechos atómicos. El hecho atómico es una combinación de objetos (entidades, cosas)”

Tractatus Logico-Philosophicus
de Ludwig Wittgenstein

fenómeno superado igual a realidad, la realidad superada igual a concepto, el concepto superado igual a objetividad, la objetividad superada igual a idea absoluta, la idea absoluta superada igual a naturaleza, la naturaleza superada igual a espíritu subjetivo, el espíritu subjetivo superado igual a espíritu objetivo, ético, el espíritu ético superado igual a arte, el arte superado igual a Religión, la Religión superada igual a saber absoluto.”

MARX, Karl. 2001. “Crítica de la dialéctica hegeliana y de la filosofía de Hegel en general”, en: Manuscritos económicos y filosóficos de 1844.

EL MUNDO ES EL MERCADO Y NOSOTROS MERCANCÍA.

Si afirmamos algo así, tan radical, ¿Que nos dice el sentido común? Que esto no es verdad. Que el mundo es mucho más que la retórica marxista-benjaminiana rebuscada, demagógica y reduccionista. Que hay una realidad más allá del lenguaje, contra la que necesariamente nos hemos de golpear. Que esa realidad se manifiesta en el progreso y la superación como negatividad inmanente al espíritu humano.

Que sumándonos al ideal hegeliano de la negación de la negación, necesariamente evolucionamos de estados primitivos y autoritarios a estados iluminados de justicia y libertad.

Que no hay que mirar atrás, que lo nuevo supera lo viejo y que debemos desear ante todo el cambio.

Además, ese es el espíritu revolucionario, científico y darwinista.

Sin embargo Marx critica a Hegel en sus “Manuscritos económicos y filosóficos de 1844” afirmando que si seguimos la lógica de su filosofía dialéctica...

“Del mismo modo, la cualidad superada es igual a cantidad, la cantidad superada igual a medida, la medida superada igual a esencia, la esencia superada igual a fenómeno, el

...finalmente podríamos llegar a ser omniscientes y saberlo todo como Dios.

Pero a diferencia de los seres humanos, Dios es un concepto abstracto al que no le afectan los hechos. Habita en otra dimensión, quizás aquella donde la dialéctica progresiva funciona como abstracción totalmente separada del mundo. Los seres humanos debemos consultar nuestros archivos históricos permanentemente para sobrevivir, y, aunque podemos corregir errores o exigir justicia, no percibimos la superación como un hecho sino solamente como fantasmagoría.

En su crítica a la economía política Marx expone cómo el pensamiento liberal genera un movimiento de retorno predecible hacia el miticismo religioso postulando que la superación (de lo catastrófico-social) nunca se da en el plano real, sino en el simbólico. (Cuyo escenario es el capital) .Y siendo esto un hecho, constituye la fuente principal del malestar social, impulsándonos a crear mecanismos de compensación para relacionarnos con lo real de manera alegórica y nunca realista. Como en los sueños, o en el “sueño americano”.

El desarrollo del capitalismo cultural ha producido una cultura visual dicotómica, donde por un lado podemos visualizar la violenta sustitución de lo viejo por lo nuevo como representación fantasmagórica

de la superación de una necesidad – y por otro- el hecho incumplido (de la superación de la tragedia) se sublima como alegoría de lo traumático.

Mediamos la inevitable reaparición de la tragedia con alegorías que la transforman en espectáculo (farsa, entretenimiento, comedia, novela, *thriller*, terror, ciencia ficción, caricatura política, *breaking news*, *fake news*, etc.). De esa forma el proceso de ocultación de la guerra produce tantas utilidades como la guerra misma. La economía política revolucionaria prometió eliminar la guerra mediante el liberalismo. En lugar de esto hacemos negocio de su repudio, ocultación y sublimación con lo que financiamos las conspiraciones para generar nuevas guerras. Entonces comprendemos porqué godzilla es la bomba atómica en Japón y porqué para Baudelaire las flores del mal son el ideal de la modernidad, visibles en las decoraciones botánicas metálicas de los pasajes parisinos que reemplazaron a las antiguas ornamentaciones talladas en piedra o madera, o las prostitutas independientes, los bohemios y el *flâneur*.

Para poder hablar finalmente de una de las mercancías más deseadas por los artistas contemporáneos, como lo son las residencias, tenemos que referirnos a una de las flores del mal, típicas del S. XIX: el *flâneur*. El *flâneur* es una fantasmagoría del artista explorador, como Catherwood o Rugendas, más cercanos al héroe o al *explorator*, a la vanguardia o *avant garde* militar. El *flâneur* es más bien el *speculator* o el espía. El fantasma del explorador en el mundo interior. El paseante moderno es mercancía en busca de comprador. Un espía del *status quo*. Es conspirador profesional y bohemio. Sus destinos son tiendas, pasajes, bares, restaurantes, vitrinas, museos, galerías, salones de novedades y emociones. El ocio le ha permitido comprender que el mundo es un escaparate, donde todo, absolutamente todo aparece como mercancía en oferta. Su goce del tiempo libre, su libertad para clavarse en la textura... le rodea de un aura que le

otorga plusvalor. Es objeto del deseo y mercancía paseante. Entre el hombre sandwich y la prostituta.

Alegoría del interiorismo del nuevo imperio, que derrota al romanticismo heroico cambiando al “Caminante sobre un mar de nubes”, de Caspar David Friedrich (1818) por el “Joven en su ventana” de Gustave Caillebotte de 1875. Es el triunfo del sedentarismo urbano, y de una sociedad de la vigilancia sobre la insurgencia.

La residencia en el arte es también consecuencia del interiorismo. No resulta extraño que Lydia Shackleton, una rica aristócrata irlandesa, de familia cuáquera, sea considerada la primera artista en residencia registrada. Dibujó durante 23 años en los Jardines Botánicos Reales de Dublín y jamás se le pagó por su trabajo dejando un extenso archivo de dibujos botánicos.

El artista moderno sedentario se transforma en mercancía al “performar” la fantasmagoría del artista vanguardista-explorador. Ya no necesita viajar. Como Picasso “NO BUSCA - ENCUENTRA” y para esto basta un taller, un interior. Capitaliza y se convierte en turista cultural, a veces en embajadores de su país, y su imagen deviene como la del rentista ocioso, el *dandy*, objeto del deseo.

Siguiendo el principio foucaultiano de intensificación, en un mundo que ya es todo interiorismo, el turista es el fantasma del *flâneur*. Paga por ver, paga por vagar, se transforma en mercancía al volver a casa con fotos y videos de su aventura. El artista contemporáneo, mas que el moderno vanguardista, es mercancía purificada. Su obra exenta del aura de la genialidad plástica, se instala en el territorio de la ética produciendo una estética política, fetiche alegórico de la destrucción de la estetización de la vida política que Benjamin denunció en el proyecto fascista. Surgen nómadas, situacionistas, derivantes... que nos quieren hacer creer que preparan máquinas de guerra desde el desierto, desde la periferia o aplanando calles, pero

están trágicamente sometidos al sedentarismo residencial, que reduce la experiencia de actividad a interactividad. La residencia se pone de moda, retardando el tour (como el *flâneur*)

—observando con detenimiento— para generar un fetiche en su libertad de acción y libertad de circulación. Cuantas veces no hemos oído que es más fácil hacer circular obras que hacer circular a los artistas. Satisfacer esta necesidad es la función de las residencias. Interactuar en un contexto sociocultural diferente y concebir la otredad, parece ser la oferta más atractiva de las residencias. Los objetivos: trabajar *in situ*, *site specific*, en talleres colectivos o individuales, en otro paisaje. A veces la oferta es con beca, a veces pagada. Como sea, la finalidad es concreta y predecible: la superación simbólica de lo puramente mercantil que es el turismo artístico. El método: iluminación profana — la ritualización del mito del autor, mediante un acto de legitimación fiduciaria: el premio institucional al mérito.

¡NO SE VALE PAGAR POR HACER UNA RESIDENCIA: DEBE SER UN PREMIO!

Toda la producción de una residencia meritocrática, es un retorno auratizado que consuma la profecía marxiana.

El artista exiliado, o autoexiliado, cuyo trabajo requiere la residencia extranjera, o que viaja para investigar algo específico que le tomará un tiempo determinado de residencia en el extranjero, aun tiene conciencia de su trabajo y de su lugar de residencia. Quien es premiado con una residencia, participa de forma inconsciente en el complejo proceso de “fetichización” de la mercancía, de la cosificación o enajenación del trabajo, como un estadio en el cual la conciencia se desarrolla en un ámbito puramente contemplativo, en el cual, el objeto creado a partir del trabajo, se le presenta al sujeto como un producto extraño, ajeno. (¿Como

llegué hasta aquí? ¿Por que hago esto? ¡Que bueno debo ser!) La reconciliación de los productos del trabajo humano con sus creadores, los trabajadores, en el ámbito de su conciencia, es el advenimiento de la razón, cuya objetivación en el mundo no es otra cosa que la revolución. Con gran felicidad aceptamos ser reconocidos con una residencia. Y jamás podría recomendar que lo dejemos de hacer. Sin embargo considero necesario, tener una dosis de neorealismo y considerar que detrás de esta fiebre residencial, vamos a encontrar eso que hace 161 años atrás Baudelaire llamó flores del mal o *spleen*, el hastío masoquista de la modernidad. Nuestro *zombie interior*, nuestro *resident evil*.